

# Lotería

Carlos Mauricio Bedoya Montoya

(Colombia, 1972-v.)

Arquitecto Constructor de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista Tecnológico en Redes de Gas de la Institución Universitaria Pascual Bravo, Magíster en Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia, Doctor en Proyectos de la Universidad Internacional Iberoamericana, México. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de varios libros, capítulos, artículos y columnas periodísticas.



## Resumen

**E**n el presente cuento se conjugan la malicia, el desarraigo y la esperanza a través de escenas sencillas que acontecen en el hogar de una familia humilde, ubicado en una ladera bellanita. Del anhelo por encontrar la suerte que puede cambiar el destino de todos ellos, incluyendo dos mascotas, se pasa a la certidumbre de la abundancia, y así, a la exposición del espíritu humano en cada uno de los miembros de aquella familia. El final nos muestra que, ante una misma situación, lo que se urde en el alma de cada ser es único, a veces sorprendentemente básico, pero al mismo tiempo profundamente bello.

## Palabras clave

Destino, familia, lotería, suerte

—Hola, Ramiro, ¿cómo le fue hoy?  
 —Bien, Amparo.  
 —Llegó temprano, ¿tiene hambre pa' servile ya la comida?  
 —Y qué hay de comer.  
 —Mijo, pues..., aguapanela con arepa y manteca de gordo pa' untar.  
 —Entonces, más tardesito Amparo, gracias, más bien deme agüita que con estos calores. ¡Quiubo, Maryori!  
 —Hola, Rami.  
 —¿Mucho estudio?  
 —Como un verraco, haciendo tareas, ¡qué pereza tan horrible!  
 —¡Hola, Bibiana!, ¿cómo está?, ¿mucho trabajo?  
 —Quiubo, Ramiro, sí, mucho, pero esos bolis no dejan casi, mire cómo tengo la cara de quemada, ¡mire!, ojalá pudiera estudiar, y esta culicagada que puede, quejándose.  
 —Sí, Bibiana, está muy quemada la cara, pero así y todo se sigue viendo muy...  
 —Pues sí, termino el bachillerato y a trabajar mijita, ¡qué pereza el estudio!  
 —Ayyyyy, y yo con estas ganas de estudiar enfermería pa' ganame un millón mensual.  
 —Tenga el agua, Ramiro, bóguesela que se la serví del tanque que se mantiene más fría.  
 —Gracias, Amparo. Veee, está temprano todavía, Maryori, ¿a qué horas es que se entra doña Alba la chancera?  
 —Como a las siete y media, creo.  
 —¿Tiene ganas de jugar chance, Ramiro? ¿Le dio envidia de Hernán el de doña Marina porque el sábado se cogió uno de cuatro cifras?  
 —Pues sí, Bibiana, ya ve que sí, pero yo quiero jugar lotería pa' ganame un viajao de plata y vivir más tranquilo.  
 —Dejen de hablar bobadas que eso es muy caro, por eso no se la ganan sino los ricos.  
 —Maryori, hija, usted tan chiquita y siempre tan mala clase y tan pesimista, y si de pronto Ramiro se la gana, uno qué va a saber... Ramiro, ¿y usted sí tiene con qué comprar la lotería?, porque eso es muy caro.  
 —Y la aguafiestas soy yo; entonces sí.

—Sí, Amparo, hoy el patrón me pidió el favor de que me encargara de la perra porque había que bañarla y hacerle un montón de cosas en las patas y cortarle el pelo... Y les digo pues, que apenas me la entregaron y me dieron el recibo pa' llevarle al patrón, casi se me salen los ojos, porque con lo que pagan por ese baño y las bobadas que le hicieron en las patas nosotros pagamos esta pieza y mercamos pa' quince días. Al final el patrón me dio una liga hasta lo más de buena y me dijo que lo acompañara a comprar la lotería, por eso quiero comprarla con esa platica, porque uno con el chance se anima, pero yo quiero vivir al menos como Minifalda, porque les digo muchachas, ¡quisieran ustedes la vida de esa perra!  
 —Ramiro..., pero si se gana esa lotería mijo, eso es mucho billete, ¿qué va a hacer usted con todo ese platal? ¡Ah!

Ramiro sorbió el último trago de agua y produjo un sonido grave pero audible entre el grupo de mujeres que lo acompañaban; Guardián y Laica estaban en la calle, jugando, viviendo tranquilamente, sin collares. Ramiro entró en una especie de trance y se quedó mirando la mesa, sosteniendo la taza de agua con una mano cuyo dedo pulgar hacía las veces de tenaza en su interior. Descargó la taza y liberó las manos. Amparo se fue encorvando hasta hacerse más pequeña de lo que ya le había correspondido ser, apretando sus dos manos como un ser piadoso en la misa del domingo; si Maryori había intentado leer, ahora fingía, porque sus ojos ya no seguían las letras y tampoco los números que ella maldecía, sino que el sentido del oído se le aguzó extraordinariamente, pues oyó que Laica ladraba una cuadra abajo de la casa, en la  $\gamma$  que separa los caminos de La Esperanza y El Paraíso, barrios que una vez fueron de invasión; Bibiana estaba de espaldas a Ramiro buscando una aguja para remendar una blusa a la altura de su axila derecha, pero a medida que el silencio del único hombre presente en la sala —que era a su vez el comedor, la cocina y el dormitorio principal de todos, incluidas las mascotas— se prolongaba, ella dejó de escarbar en la gaveta del mueble principal de la casa hasta quedar convertida en una estatua, y

unos segundos después sacó las manos del cajoncito, se volteó y comenzó a mirar a Ramiro, sentado, paralizado, mirando hacia la mesa, y notó que el cuerpo de aquel aún se apretaba en sus brazos y muslos a pesar de que hubiera dejado el campo hacía dos años y medio. Como una batalla de relámpagos aparecieron en su mente algunos momentos en los que Ramiro le traía bombones o chokolatinas luego del trabajo.

El hombre seguía en silencio. Laica dejó de ladrar y de eso se percató Maryori; tan expectante estaba su oído. Bibiana se recostó contra el mueble, apoyando las caderas sobre este y poniendo las manos en el borde, lo que aumentaba su curvatura y resaltaba su sexo como una manzana hermosa y diminuta, los pantalones cortos que llevaba puestos, blancos, en vez de homogenizar la blancura sincera de su piel, la resaltaron. Amparo había sufrido, más que gozado de la vida. Bibiana era blanca y Maryori trigueña; compartían la misma madre y el abandono de cada padre. Amparo tenía la vista completa de aquella escena que parecía ahora marcar el futuro de ella, de Maryori, de Bibiana y de Laica y Guardián con Ramiro como faro del hogar; y sobre las paredes de esa pieza alquilada aparecía una masa espesa con olor a mezcla de cemento, agua y arena, cuyo color gris pasaba de oscuro a claro, fraguando en segundos y pariendo una tela de roca artificial como una cortina diseñada para la eternidad.

—¡Amparo!...

—Dígame, mijo, ¿le traigo más agua?

Pero el hombre parecía no haber escuchado la propuesta de una segunda taza de agua fresca y continuó hablando.

—Mi mamá me decía desde chiquito: “mijo, Dios perdona todo, ¡menos al desagradecido!”.

Las tres mujeres abrieron más los ojos como si con ello pudieran oír mejor lo que iba a decir Ramiro.

—Vea, Amparo, si me gano esa lotería, no le mando a revocar esta pieza, ¡le compro una casa nueva!,

con patio para Laica y Guardián y con un balcón pa’ balconear que es lo que usted tanto quiere.

—¡Gracias, mijo! —las lágrimas asomaron con facilidad por los ojos de Amparo—, usté tan agradecido, Dios lo bendiga. Y la casa, mijo, ojalá con una terraza de cemento en vez de techo, pues, pa’ yo de pronto poder arrendar ahí más tarde una pieza prefabricada, pa’ una entradita de plata, uno no sabe...

—Oigan pues: a Bibiana le pago la carrera de enfermería.

Y Bibiana sintió que los vellitos de sus muslos, de sus brazos y también de su espalda se erizaban; él pareció salir por un momento de su trance, alzó la cabeza y estrelló su mirada en ella, quien no pudo defenderse de ese ataque punzante y veloz, luego volvió a mirar la mesa y la muchacha lo recorrió con su mirada como un lengüetazo. Amparo se percató de aquello, las feromonas de su hija mayor danzaban y ella lo celebró en silencio. Maryori ya solo quiso escuchar lo que decía Ramiro, los ladridos de Laica en la y eran un recuerdo.

—Maryori, y si usted se pone bien juiciosa a terminar el bachillerato, le doy bastante gusto y le pago también una carrera como a Bibiana.

—¿Y no me puede poner mejor una peluquería?

—También, y nos motila a todos pa’ que vaya ensayando.

Maryori apretó el cuaderno, sonriendo como pocas veces lo hacía en aquel lugar y como sí, en cambio, lo hacía en su colegio en las horas del descanso entre clases, con sus amigas de sexto grado, niñas que compartían el odio a sus niñeces y pobreza.

—Y apenas compremos las casas nuevas, paguemos la carrera de Bibiana y le montemos la peluquería a la niña ¡nos vamos todos pa’ Tolú a conocer el mar!, ¡y llevamos a los perritos pa’ que naden y lo conozcan también!

Amparo atisbó hacia la calle y luego miró a Ramiro; la noche enfriaba el aire y oscurecía la calle, doña Alba

todavía estaba en el local. Él se paró como si hubiera recibido una orden y salió presuroso a comprar la lotería. Bibiana de nuevo lo vio alto y fornido. Maryori sintió que podía ser hija de alguien.

Los sensores de las lámparas del alumbrado público detectaron la ausencia del sol y se encendieron cuando Ramiro pisó el suelo terroso pero afirmado de la calle, mojándolo de luz como el receptor de una mirada celestial. Las tres mujeres, sin acordarlo, se asomaron a la ventana y se apretujaron, viendo a Ramiro caminar calle abajo hasta que en la Y se le acercaron Guardián y Laica para saludarlo y lamerlo, y él, a pesar de su afán por llegar al local de doña Alba, se agachó para acariciarlos y alzó a la perrita. Amparo pasó su mano por la espalda de Bibiana y luego la apretó como en una especie de abrazo que era más una bendición para el matrimonio; Bibiana se sonrió, y Maryori, en medio de las dos mujeres, sacó su mano derecha para sujetar la reja de acero pintado de blanco y corroído en algunos puntos como caries, volteó la cabeza hacia la izquierda para poder mirar, sonrió al ver que los perritos brincaban de alegría saludando a Ramiro, y una palabra, Minifalda, asomó por su mente con la certidumbre que sabe dar una esperanza infantil.

Al regresar a casa las dos mujeres mayores le pidieron que les mostrara el billete de la lotería que había comprado. Maryori volteó para mirarlos y siguió maldiciendo sus tareas.

A Bibiana y a Amparo el número les pareció hermoso.

Era viernes. La mañana se volvía rápidamente tibia por los rayos del sol lanzados desde el oriente. A pesar de estar ubicada en la parte alta de una ladera bellanita, el zinc de la cubierta se calentaba en pocos minutos y provocaba el despertar temprano de los habitantes y las mascotas de aquella casa de una sola habitación múltiple, pero con marcaciones territoriales bien definidas entre hombre y mujeres a razón de una cortina.

Un radio se oía al lado del fogón como si alguien conversara en voz baja, pero no era un susurro grave, sino brillante, metálico, gangoso.

La cortina que separaba la vida privada de Ramiro fue descorrida bruscamente por la mano de Amparo.

—¡Nos ganamos la lotería, Ramiro! ¡Nos tapamos de plata!

—¿En serio, Amparito?

—Sí, mijo. Nos ganamos esa lotería. Ya dijeron el número por la emisora.

Ramiro abrazó a Amparo y la alzó como si fuera una muñeca que emitía palabras y risas a cada apretón de su espalda y su pecho.

Todavía emocionado, aturdido, Ramiro se fue hacia la empresa y allí le preguntó a su patrón cómo se cobraba ese platal que se había ganado.

Cuando regresó del trabajo se dirigió hacia el puesto de chance de doña Alba y le dijo que por favor no contara, y que le iba a dar un muy buen aguinaldo, aunque faltaban semanas para diciembre. Luego caminó hasta la casa, donde encontró a las dos mujeres mayores sentadas sobre el piso que dividía la casa del andén. Sonreían, maliciosas. Se pusieron de pie y más que entrar con él lo entraron y le ordenaron que se sentara, que le iban a hacer un algo muy rico. Maryori estaba viendo un programa de televisión y las mascotas le ladraban en la esquina de arriba a unos gallinazos que picoteaban el cadáver de un roedor.

—Ya averigüé con el patrón cómo cobrar esa plata.

—¿Y qué le dijo?

—Que era fácil. Me felicitó y me dijo que no me enloqueciera gastando, que la invirtiera muy bien.

—Ay, sí, Rami. Pero es bueno que nos demos unos gusticos con esa plata, ¿cierto?

—Claro, Bibiana, claro. Acuérdesse que vamos a ir a Tolú con los perritos y...

—Es que todavía no me la creo, mijo.

—Pues, Amparito, vaya viendo a ver cómo es que compramos este rancho y también la casita prefabricada pa' que usted alquile. Y usted, Bibianita, también póngase pues a averiguar dónde es que va a estudiar enfermería. —¿Enfermería? Jum, es que un millón de pesos mensuales es muy poquito pa' trabajar tanto y con esos turnos tan duros de noche. Mejor dicho, Rami, si vendiendo estos bolis al sol y al agua mire cómo tengo la cara, imagínese cómo me voy a poner trasnochando y durmiendo poquito, me voy a acabar, prácticamente. —Yo no sé, mijo, pero estos barrios de gente pobre siempre es que son muy fregaos, muy violentos, y uno levantando a Maryori. Yo no sé...

El montón de plata encarnado en un hombre escucha y asiente con la cabeza mientras bebe el chocolate espeso con burbujas de color arco iris. Disfruta de aquella bebida que es la savia de su infancia, del olor que es la banca de roble en la cocina donde él y sus hermanos comían: el hogar, ausente el padre, presente su duelo no vivido. La arepa doblada aprisionando una tajada de quesito gruesa, como una ostra gigante de maíz, le colma todo el pensamiento porque es feliz comiendo aquel bocado.

—Mijo, ¿pa' qué una casita prefabricada pa' alquilar?, si a lo mejor no vamos a vivir por acá, ¿no le parece? Mejor, pa' donde nos vamos, me compra un apartamentico de esos dizque donde estudian... —Un-a-par-taes-tu-dio, mami. —Gracias, hija. ¡Tan bella mi Maryori, eeeh avemaría!

La felicidad continúa viviendo en el alma y el cuerpo de Ramiro. Bibiana está sentada a su lado, con las piernas subidas sobre el asiento hace una x y se toma un tobillo con las dos manos. La voluptuosidad de sus caderas se sale de la margen de la silla y despierta el desenfreno instintivo en el hombre que, contenido, vadea la invitación al deseo mirando la taza vacía donde antes estaban la sonrisa y el cariño de las manos de su madre.

—Amparito, Bibiana, entonces hay que ir averiguando lo de la casa, yo le digo al patrón que me recomiende

dónde vivir tranquilos, pensando sobre todo en la niña Maryori. Bibianita, entonces, ¿usted que quiere estudiar?

—Ahí vamos viendo, Ramiro, primero resolvamos lo de las casas y el paseo, ¿le parece?

—Sí, después pensamos en lo del estudio. ¡Ah!, y no siga vendiendo bolis, mire, se me había olvidado, le traje una crema pa' la cara de las que se unta la esposa del patrón, él le preguntó a ella y me recomendó esta.

—Mijo, y esa señora debe tener una piel muy linda, ¿cierto?

—Mamiii, ahora ya le cae bien esa señora...

—¡Maryori!, deje de ser metida, siga haciendo las tareas que acá estamos hablando los mayores.

Ramiro comienza a asimilar la nueva situación. Viéndose casado con Bibiana, lo demás es accesorio. Al día siguiente pasa algo que no ha pasado desde que él vive con las mujeres y las mascotas: al descorrer la cortina ve a Bibiana de frente al fogón, de espaldas a él, preparando el desayuno. Tiene el cabello cogido en una moña que parece una torcaza dormida, dejando parte del cuello al descubierto, blanco, descaradamente bello. En cualquier rancho, en cualquier casa, quiere seguir despertándose así.

Rumbo al trabajo, por la ventanilla entreabierta del colectivo, se cuele, apretado por el aire, un olor a pantano ferroso que es la vereda, que es la grama sobre la cual sus dos hermanos se chutaban penaltis en las tardes crecidas, cuando el sol ya no castigaba, sino que era una caricia tibia. Se quiere tirar por esa abertura para corretear al viento, para sacarle el rumbo de sus dos hermanos y de su madre, vistos por última vez voleando manos y brazos abajo en el corredor de chambranas rojas. En el pueblo, mercado, un arrepentido se le acerca y le dice que se pierda, que no vuelva a la casa, que lo estaban esperando: “siga solo, no pregunte, al menos a usted le pudieron avisar”.

Es la segunda tarde-noche después de la suerte. Han decidido no contar lo ganado. De nuevo los tres sentados en los bordes de las camas disfrutaban de un café. Ramiro bebiéndolo y las dos mujeres mayores

mirándolo. La niña hace la mímica de hacer las tareas. Luego del café, Bibiana y Ramiro salen y se sientan sobre el andén, Amparo se queda adentro lavando los trastos: el aire es fresco y huele a menta; en su ascenso termodinámico desde el valle asfaltado y encementado de la ciudad, se impregna del rumor de los eucaliptos que sobrevivieron a las invasiones y a las mingas de hacer casas en donde los ingenieros dijeron que era imposible construir.

—Ramiro, me quiero poner tetas. Yo me veo muy plana.

—Pero, Bibianita, ¡usté no necesita ponerse nada, usté es muy bonita!

—¡No, yo me siento plana!

—Bueno, se las manda a poner pa' que esté contenta, pues.

Amparo poco quiere saber de atisbar hacia la calle de arenas ascendentes y tibias de las tardes, mejor mira, en una revista que el patrón de Ramiro le regaló, las imágenes de casas y apartamentos donde tal vez vivan y ella tenga una renta perpetua. Ramiro y Bibiana han decidido ir por una gaseosa de tamaño familiar y comprar pasteles de guayaba para comer en casa: aquello es un manjar, todavía. En esa caminata no hay dudas acerca de la futura alianza marital ente ellos dos.

Saboreando los pasteles dulces con la gaseosa dulce y fría, todos, incluidas las mascotas, que comen migas azucaradas de las manos de Ramiro, rebosan de placer. Él se da cuenta de que la niña come en silencio, mirando a los perritos y sonriendo, insinuando una alegría efímera; se pone de pie y lleva los trastos hasta el pozuelo, y cuando se gira para volverse a sentar, repara en el rostro de la más pequeña de la familia.

—Maryori, mi amor, ¡usté no ha dicho nada desde antier!, ¿todavía quiere que le ponga una peluquería?

La niña no le contesta, pero se levanta y se va hacia él, lo abraza por la cintura, fuerte:

—No se vaya, Ramiro, no nos vaya a dejar.